

LA PAGINA DE LA MUJER

LA MUJER EN LA LUCHA SOCIAL

Addis Abeba cayó en poder de las hordas fascistas. Sobre las ruinas humeantes de Abisinia, el Fascismo reta al mundo. Hoy más que nunca, debemos las mujeres libertarias, luchar contra ese azote de la Humanidad

Desde Huesca

[Noli me Tangere]

Mujeres, trabajadoras todas, es hora que despertemos, debemos darnos cuenta que es excesivo el tiempo que venimos siendo esclavas.

La naturaleza nos dotó con los mismos derechos que al hombre. ¿Quién nos lo niega? La sociedad actual en que vivimos, ¿es que creéis que la mujer es inferior al hombre? Debe cesar este pensamiento en vosotros, y al que esto nos diga debemos decirle con concreta afirmación que está en un error.

El hombre se diferencia de la mujer en el sexo, pero en derechos y deberes, no. Y siendo iguales, porque la naturaleza así nos hizo, ¿por qué hemos de ser esclavas en todo tan injustamente?

Creo que es hora, y demasiado tarde, porque en el siglo XX, tiempo de gran progreso y ciencia, no hay derecho a sostener una explotación ínfima esclavizadora como la que en la actualidad sobre nosotras pesa.

Yo pregunto a todas las explotadas compañeras del trabajo y del dolor: ¿Qué se necesita para terminar con la explotación? Unión, unión sindical, para hacer prevalecer nuestros derechos a la clase privilegiada, en pro de nuestras reivindicaciones.

Las mejoras se hallan en nuestro poder; no debemos dejarlas caer en el vacío.

Obreras, las que permanecéis ciertas horas del día en un taller con las máquinas o las agujas en las manos y la vista fija en ellas, que no podéis levantar la cabeza porque el patrón se os impone. Trabajadoras, las que os habéis dispuesto al servicio doméstico, teniendo la necesidad de encerraros en las casas, trabajando noche y día sin tranquilidad ni un momento de reposo, subyugadas a los egoísmos y caprichos bastardos de esa inconsciente gentuza. Y trabajadoras todas, las que, como yo, estáis sufriendo las injusticias sociales: Pensad que debemos unir nuestras fuerzas para romper definitivamente las cadenas impuestas por la tiranía que tanto nos oprimen.

Compañeras: debemos uniros. ¡Todas a los Sindicatos! Allí está nuestra labor.

Ver y oír como en la clase proletaria emergen las ansias vivificadoras con las palabras: ¡Justicia! ¡Igualdad! ¡Libertad!

Tened en cuenta que os hace este llamamiento una compañera del trabajo, del amor y de la lucha.

VICTORIA BARRADÉS

Si una gran dislocación sufres por un resbalón que diste en terreno llano, Gil Robles, se me figura que si caes de más altura no te queda hueso sano.

No te acerques a esa brecha que dejó la monarquía; si resbalas otro día te dilaocas la uderechas. Y con las dos dislocadas ¿me quieres decir, Gil Robles, cómo podrás dar mandobles a masas proletariadas?

No te vayas por el centro; que también andarás mal. Ya sabes que lo ha dejado muy sucio y estropeado el Partido Radical.

Ni busques muchas alturas; que con otro resbalón te rompes el esternón y de ese... ya no te curas.

UNA INTERNACIONALISTA

Este es un asunto tan escabroso, la moral burguesa lo ha inventado de tal manera, las leyes penales de nuestro Código le han dado un carácter punitivo tan severo, que son contadas las individualidades que de una manera franca y serena se hayan atrevido a desbrozar o esclarecer tan importante como temeroso tema.

Hoy, desde las columnas de esta publicación, lanzamos la idea de abordar este problema y tratarlo con entera amplitud y a la luz del día, para ver si los legisladores y gobernantes se iluminan, pierden pánico al asunto y se aviesan a poner un remedio urgente, que apreciarían en todo su valor las mujeres españolas.

En España, el problema del aborto reviste caracteres de suma gravedad. Si los médicos y comadronas particulares y de los hospitales públicos, quisieran hablar, estoy segura que nos dirían que el número de mujeres fallecidas a causa de las malas prácticas abortivas alcanza cifras enormes e insospechadas. Esto, en lo que atañe a defunciones; en lo que respecta a enfermedades, nos dirían que el ochenta por ciento de las afecciones de los órganos genitales afectan a miles de obreras, que visitan a diario en sus hospitales, son derivadas de los mal practicados abortos.

...

La absurda moral burguesa y mojigata pone un terrible veto sobre la iniciación de las prácticas anticoncepcionales. El Código que castiga el aborto tiene como lema la máxima cristiana de «Cread y multiplica», es por otra parte el brazo derecho de un Estado, que por su mala organización económica no puede asegurar a los recién nacidos ni lo más mínimo para su subsistencia. ¿Qué hacer, entonces? Por un lado, el Código castiga por toro, la Religión y el Estado te dicen: ¡Procrea!, pero luego te verás con tu prole a merced de la miseria, el padre sin trabajo, la mujer hecha una piltrafa humana a los treinta y cinco años, los hijos sin escuela, sin pan y sin vestido.

Este terrible contrasentido salta a la vista de cualquier inteligencia; no queremos comprenderlo personas de mente privilegiada y de sólida cultura.

Si el Estado es enemigo de las prácticas anticoncepcionales y del aborto, tiene el deber ineludible, inexcusable, concreto y rotundo, de facilitar a la progenie los medios de subsistencia. En caso contrario, lógicamente, no tiene el derecho de que por medio de su Código Penal imponga sanciones o exija responsabilidades a quien dejó sin ningún apoyo.

En estas épocas de tremendas crisis económicas, es cuando se ven en todo su auge los tremendos efectos de los mal practicados abortos. Hoy día la obrera ya ha desechado toda esperanza de apoyo por parte oficial del Gobierno y, aleccionada por su propia miseria y por la visión de sus vecinos tan pobres como ella, cuando se siente preñada no vacila (antes de poner un nuevo desahogado en el mundo) en recurrir a los medios que tiene a su alcance para abortar, e impedir el nacimiento de otro vástago que vendría a empeorar más su ya pésima situación económica.

Y ahora entramos de lleno en la parte trágica del asunto. Lógicamente, una obrera que no trabaja y un marido en paro forzoso no pueden disponer de 50 pesetas que le exigen un médico o una comadrona, y entonces se ve forzada a aceptar las torpes manipulaciones de una amiga o de ella misma.

Visado por la censura

En la Roma castrá y papá, se han celebrado grandes desfiles, de carnavalada fascista, para celebrar la matanza y la destrucción de Abisinia.

El figurón jefe único e indubitable del Fascio ha dirigido a «su» pueblo una alocución alucinante, que terminó así: «¡Camisas negras! La victoria es nuestra. ¡Etiopía es italiana!»

El huracán del crimen ha azotado a un país. Los jinetes del Apocalipsis fascista se han desbocado sobre la indefensa Etiopía, convirtiéndola en una inmensa hoguera llameante. Nada ha escapado en Abisinia al furor fascista. Niños, mujeres, enfermos, heridos y hospitalizados han sido víctimas de los gases mortíferos o del fuego destructor. De la blanca, pobre y cardorosa Abisinia sólo queda un informe montón de escombros. La civilización bélica ha dejado bien patentes las huellas de su paso. Ciudades arrasadas, casas saqueadas y piras enormes de cadáveres inmolados al Duce.

La soberbia voluntad de un despota ha lanzado a dos pueblos a la mutua y salvaje destrucción. Italia, extenuada económicamente, se ha visto obligada a gastar en esa guerra la suma de mil cincuenta millones de liras. El desembolso de esas fabulosas cantidades repercutirá de una forma catastrófica sobre la vida económica del país, que ya antes de la aventura guerrera era muy precaria. Con este despilfarro las contribuciones irán en alza, gravando cada vez más al comercio, los comestibles se encarecerán, los salarios serán pagados a precios ínfimos. El erario exhausto no le permitirá al Duce el iniciar alguna aparatosa comedia de orgullo, emprendiendo trabajos de reconstrucción urbana o levantamiento de algún nuevo arco triunfal, para reducir en algo el paro forzoso.

Las industrias de guerra paralizarán o aminorarán la producción; los hombres del frente de batalla regresarán a las ciudades, sin hallar en parte alguna un puesto vacante en obras, talleres o fábricas. Por lo expuesto, Italia se verá envuelta en el desastre. El hambre y la ruina se enseñorearán del país del Duce, como un escuipitajo lanzado a su desposismo. Los montes y enlades de Abisinia no serán lo suficientes ricos para enjugar la tremenda hecatombe económica de Italia. Sobre la ruina de dos pueblos, sólo el orgullo del dominador se alzará triunfante. Italia esclavizada y Abisinia hambrienta y medio deruida, vivirán ambas sometidas al filo de las bayonetas del fascio.

La negra soberbia de Roma, amenaza con desbordar su cerco, e irrumpir a otros países para inocular en ellos el virus apuesto del servilismo. España debe apresurarse a extender un sólido cordón sanitario para impedir esta invasión.

Las mujeres debemos ser las más interesadas en esta labor. El fascismo es hoy el enemigo más grande de la independencia femenina, él aspira a retrotraernos a las obreras al estado de bestias paridoras de esclavos, de guardias y de guerreros.

En Italia la sádica misandria, de fomentar la procreación de hijos de pobres tendrán que ir a repoblar y «civilizar» Abisinia, clima místico, que irá entrando italiano caído bajo la falaz aureola de mártires de la Patria.

Contra el fascismo deben de luchar todas las tendencias que perigian fines progresistas. Frente a ese régimen oprobioso deben aliarse todas las mujeres y hombres de conciencia libre. Hoy más que nunca debe intensificarse esa lucha. No olvidemos que en la batalla entablada contra el fascismo están empeñadas la libertad, el bienestar y la paz del mundo del trabajo.

Como es natural, tanto ella como la amiga, carecen en absoluto del más rudimentario conocimiento fisiológico y aséptico; por esta razón, se cometen toda suerte de brutalidades que conducen siempre a la enfermedad y en casos menos afortunados a la muerte.

Lanzadas por el imperativo de las circunstancias, recurren a medios verdaderamente escalofrantes. Unas se introducen en el cuello uterino trochiscos de perejil, hojas de hiedra, una tea, una horquilla del cabello, la varilla de un paraguas, el mango de un postaplumas, un ganachillo y otros diversos objetos puntiagudos, que ellas creen capaces de pinchar el embrión.

Creemos que lo expuesto es francamente aterrador y, por muy tremendo que parezca, no dejó de ser concretamente verdadero e irrefutable.

Ya que hemos expuesto en breves rasgos las calamidades de las malas prácticas abortivas, vamos a esbozar, también ligeramente, los medios para destruirlas. Hoy que el Gobierno existente se precia de popular y democrata y dice no asu-

tarse de introducir en sus leyes innovaciones que beneficien a la clase obrera, puede, por lo tanto, estudiar este interesante problema y darle la única solución eficaz, a mi juicio, que sería ir a la rápida legalización del aborto.

La legalización del aborto acabaría con toda esa corte de dolorosos hechos que destruyen la vida y la salud de millares de mujeres obreras españolas. Decimos obreras y hacemos hincapié en esto, porque para nadie es un secreto que las mujeres ricas o acomodadas siempre disponen discretamente de algún médico o comadrona que las ilustra y les facilita a precios caros medios anticoncepcionales, en caso de preñer indeseada, practicarles con toda asepsia y reposo el aborto, que, realizado en estas condiciones, sus peligros son muy leves.

Con el aborto legalizado se aminoraría también esta casi terrible plaga, ya endémica en nuestro país, del infanticidio. Es raro el mes que la Prensa no registre algún hecho de esta naturaleza y hoy el hallar a un recién nacido en el quicio de una puerta, en cualquier estercadero o en el carro de la basura es una cosa tan co-

A las mujeres españolas

Me dirijo a las mujeres, pero sin olvidar a las madres, porque somos nosotras las que debemos y tenemos el deber de hacerlo, nadie más que nosotras, madres.

¿Por qué estamos tan calladas cuando a cada momento nos están avisando para la nueva guerra? ¿Es que somos las mujeres como los animales? No; pero observad un animal, sea cual sea: cuando le quitan su hijo pequeño tiene su desamparo, cuando es mayor ya no se acuerda tanto; ellos no hablan. Las madres hacemos lo siguiente: cuando nos lo quitan pequeño demostramos nuestra desesperación, y cuando lo tenemos en plena juventud nos lo quitan así hacer la menor protesta.

No seamos tan conformistas las mujeres; de nosotras depende mucho el avance de la sociedad liberadora. Poned los ojos en Italia y Abisinia: si los hombres del Mussolini sangriento llegan a conquistar Abisinia, ¿qué habrán ganado los hijos, los esposos, los novios y los hermanos? Nada; para los pobres no se defiende nada; todo se defiende para los tiranos, para los causantes de la pérdida de miles de vidas humanas. Ellos se engalanan, se ponen estrellas, se llenan los bolsillos, roban lo que pertenece a otros: todo a costa de las víctimas que han hecho, y después queda lo más lamentable, los inválidos. ¿Por qué no reflexionamos, mujer, ante todo eso? Cuando una madre tiene el hijo enfermo en casa, busca el remedio que sea para salvarle, y cuando se desarrolla la enfermedad guerra ¿qué hacemos? Nada; con decir «es su destino», se acaba todo.

Mujer; yo, como madre, no me conformo con eso, pero no soy yo, ni muchas las que podemos evitarlo; es el esfuerzo de todas juntas. Tenemos el deber de decirlo a todas las mujeres, a las que aún van al confesionario, y decirles que no tienen que contentarse con que el cura les

dicga que tienen que defender la Patria y rezar oraciones. Basta de patrias y rezos. Madres proletarias: todas defendamos nuestros hijos. Pensamos remedio al mal antes que estalle la enfermedad guerra; la guerra debemos evitarla en todo momento. Tenemos que agruparnos juntas con nuestros compañeros de clase, y todos juntos de una vez gritar bien alto: ¡Abajo la guerra!

...

Si dedicais tus actividades al hogar, Mujeres Libres te será también de una utilidad inestimable.

Precios de suscripción y venta: España, Portugal y América, 2'40 semestre; Extranjero, 2'40 semestre, más el franqueo; número suelto, 0'40. A correspondientes, 0'30.

Mujeres Libres se publicará mensualmente en Madrid.

COMPANERA: No dejes de leer este libro: «Plan de movilización contra la guerra», original de B. de Ligt.

En él hallarás enseñanzas para combatir el monstruo de la guerra.

Precio, 0'75. Ediciones TIERRA Y LIBERTAD.

riente, que con ser tan espeluznante no estremece a nadie.

Otra de las tristezas que irán desapareciendo de la vía pública, sería el de estas procesiones de «niños gloriosos», habitantes de las inhumanas, hijas clóricas de pobres prostitutas o de mujeres que fueron preñadas contra su voluntad en algún amor fugaz o circunstancial.

Existen también una cantidad considerable de mujeres con taras venéreas, sífilis o alcoholías, que procuran con toda su ignorancia y que sólo legan a la sociedad detritus de enfermedad. No tenemos que olvidar tampoco, que no son pocos los casos de prostitución en que tuvieron por causa inicial alguna preñer. Es de todos sabida la moral imperante en las aldeas españolas; en ellas la muchacha que tiene la debilidad o la grandeza de entregarse a un hombre es de todos escarnecida, pero si la cautada tiene la desgracia de quedar encinta, en-

tonces se le cierran todas las puertas; tan sólo las puertas hediondas del burdel la acogen para seguir explotando su desgracia.

Creemos, pues, por todo lo expuesto, y que personas más competentes podrían ampliar y enriquecer, de que ya sería hora de que los hombres de ciencia y los legisladores se interesen por un asunto de tanta trascendencia para la salud en general de las mujeres españolas, e ir rápidamente a enfrentarse con valentía y limpieza el problema y darle soluciones radicales, amplias y eficaces, como sería la del aborto legalizado.

El aborto practicado por manos expertas con toda asepsia y el reposo debido es, según la ciencia, de peligros casi nulos o muy relativos. De esta forma terminarían las malas prácticas abortivas que tantos estragos causan en los hogares obreros de España.

YVYRALINA

De las tinieblas a la luz

Los que a criterio de unos son los mejores, a criterio de otros son los peores. Para los revolucionarios, por ejemplo, los más malos y perjudiciales son los reaccionarios, los conservadores, los fascistas, los curas, los militares, la clase acomodada y gobernante que obstaculiza sus anhelos de renovación y de perfección social. A su vez, los conservadores, fascistas, militares, eccléctra, cuando son sinceros, creen firmemente que los más perjudiciales y peligrosos son los «locos revolucionarios».

Hay muchos millones de personas en el mundo que odian a muerte al dictador de Italia, Mussolini; y hoy también una cantidad considerable que lo adora como un Dios; que lo considera el nuevo salvador de la humanidad.

Ante hechos tan contradictorios me pregunto: ¿dónde está la verdad? ¿Dónde el error? ¿Quién tiene la razón? ¿Quién no la tiene? ¿Quién está acertado? ¿Y por qué?

Naturalmente que a mí, y a cada una

de estas preguntas, una voz interior, fuerte y poderosa como el trueno, me grita, dándome una contestación terminante, definitiva, que no deja lugar a duda alguna. Pero... y los que piensan como yo, ¿cómo no sienten también ellos su voz interior, terminante y definitiva, que les grita fuertemente contestaciones categóricas completamente contrarias a las mías?

Yo tengo un gran ideal de bienestar colectivo, que amo con toda el alma, que creo que ha de salvar a todos los seres de esta calamitosa situación en que nos encontramos. Sin embargo, en mi labor proletaria, al exponer este ideal a otros, en muchas ocasiones en vez de lograr adhesión con el mismo entusiasmo y amor, me quedo frío de asombro al verlos indiferentes y hostiles, o mirarme con una sonrisa lastimera.

Claro está, que yo he atribuido esa indiferencia y hostilidad a su propia ignorancia; pero es el caso que luego he sorprendido a algunos de ellos manifestando, con toda sinceridad y convicción que el ignorante soy yo, con la agravante de presumido y loco; que ellos son los únicos inteligentes y poseedores de toda la razón. He constatado que lo que para mí es una indiscutible verdad, para otros es una gran mentira; lo que para mí es una gran ra-

zón, palpable y fundamental, para otros es una quimera, una ilusión, una despreciable fantasía.

¿Dónde está el ser superior e infalible que sea capaz de juzgar y discernir con verdadero acierto en todo y convencer a todos? Si no existe ¿cómo resolver tan arduo problema?

En el supuesto caso de ser yo uno de los pocos inteligentes, de los poseedores de toda la verdad y toda la razón absoluta, los demás, los ignorantes y equivocados, son verdaderamente, y por entero, responsables de su ignorancia. ¿Son culpables de sus errores? ¿Acaso mi estupididad y su ignorancia, las hemos recibido de herencia al nacer? ¿Las llevamos en la sangre?

Creo que no, que si el saber ni ninguno de nuestros defectos, ignorancias, sentimientos, pasiones y virtudes las tenemos por herencia biológica. Más bien me parece que cada uno de nosotros es lo que el ambiente, las circunstancias y demás factores externos han determinado que seamos.

Mis conocimientos, por así decir, los he aprendido de otros; y ahora, si yo no tengo la seguridad para enseñarlos a los demás ¿de quién es la culpa? ¿No es mía?

Todos tenemos por costumbre o por defecto, juzgar con demasiado rigor el criterio y los actos de los demás, y por contraste, con demasiada tolerancia y benevolencia los nuestros. (¿Cuánto sería mejor el contrario!) Venmos con cristales de gran aumento la diminuta partícula de polvo en el ojo ajeno y no nos apercebimos del grueso escollo que llevamos en el nuestro.

Con este autoengaño nadie se considera culpable a sí mismo y por lo tanto, nadie procura corregirse, perfeccionarse, cambiarse, hacerse más justo, más tolerante, más bondadoso.

Y el mundo sigue de mal en peor. Así es como se difunde el odio y se obstaculiza el progreso, así es como se hace menos que imposible la convivencia humana.

La persona que llega a saber que no sabe nada procurará aprender. Si descubre su incapacidad buscará capacitarla. En cambio, «el que no sabe, y no sabe que no sabe, que cree saber todo, como sucede generalmente, con su orgullo y su pedantería, empeora la situación, dificulta las armonicas relaciones humanas, aumenta las desavenencias, los sufrimientos y los dolores propios y de todos los demás.

El dilema todavía permanece insoluble. ¿Cómo poner fin a tantos males? ¿Cómo

dividuales, contrapuestos a los colectivos, «omentan la ignorancia, el engaño y los errores, impidiendo el normal desarrollo de las buenas ideas y los nobles sentimientos, haciendo imposible nuestra felicidad.

Se deduce de todo lo expuesto que lo primero que hay que hacer es anular este péximo sistema de esclavitud capitalista-estatal, que lo genera, y colocarnos todos en igualdad de condiciones económicas y políticas; que nadie pueda someter a otro, ni en nombre de un partido, de una doctrina ni de una clase determinada.

Cada uno tenemos nuestra propia característica, nuestra individualidad psicológica, y no es justo, no es bueno, no es humano, no amamos todos al yugo de una sola opinión, de un solo criterio. Una idea y una voluntad valen tanto como otra idea y otra voluntad, no importa la persona que la manifieste.

Siendo todos libres e iguales, hemos de encontrar por nosotros mismos los medios más eficaces para hacer desaparecer todos los dolores y miserias que hoy nos martirizan, a fin de vivir en gran armonía, contentos y felices todos los hombres.

Que brille esplendoroso y para siempre el gran sol del amor y la fraternidad universal. Y cuanto más pronto mejor.